

CAPÍTULO II

La ciudad de San Bonifacio. — Dificultad de alojar en ella á los Padres aragoneses. — Distribúyelos el P. Pignatelli. — Incomodidades á que están sujetos. — Llorá Barceló al contemplar tan triste espectáculo y los socorre. — Condena Azara por demasiado benignos á los autores de tanta crueldad. — D. Luis Gnecco, proveedor regio. — Industria del Siervo de Dios en acopiar provisiones. — Caridad de su hermana, la condesa de la Acerra, con los jesuitas de San Bonifacio. — Destierro de la Compañía de Nápoles y Parma. — Temores de total extincion. — Virtudes y santos ejemplos del Padre José. — Nuevas dificultades. — El orden doméstico restablecido. — Fervor en los ejercicios de piedad. — Llegada de los procuradores y de ocho novicios. — El pie del Padre Santo.

1767 — 1768

Está situada la ciudad de San Bonifacio al mediodía de Córcega sobre la punta de un escollo, que doblándose hacia poniente, se asoma al mar formando como una lengua de tierra. Entre esta y el monte, que está en frente, corre un canal angosto, que conduce al puerto. Dificil es la entrada en él á causa de las sinuosidades y revueltas del canal, y mucho más por los bancos de arena que se ocultan debajo del agua; mas dentro es muy seguro y está bien defendido de los vientos, á pesar de la marejada casi continua del estrecho próximo entre Cerdeña y Córcega, donde se encuentran y chocan con ímpetu los dos mares.

Arranca desde el puerto la senda que por cima de la roca

conduce á la ciudad; en la cual se entra por un puente levadizo, á causa de que en el punto más próximo á la puerta el monte presenta una muy honda y larga hendidura. El sitio es horroso, pero muy fuerte por naturaleza, algo mejorado con el arte. Todo en derredor, menos hacia levante, por donde se une con Córcega, está sembrado de profundas quiebras, peñascos y precipicios, que ponen miedo y que hacen imposible un asalto. Las casas están circuidas de muralla, y la defensa del puerto es la roca misma. No es grande la ciudad; y sus muros encierran también hacia poniente una reducida selva, en la que tienen su convento los Padres de Santo Domingo; hay cuatro ermitas ú oratorios de otras tantas hermandades, y una iglesia con su convento, que es de Padres descalzos de San Francisco.

Las habitaciones eran pobrísimas: pues á excepcion de las cuatro paredes maestras, todas tenían el esqueleto de madera sin nada de cal, piedra ó ladrillo; y estaban tan viejas y averiadas las más, que era insoportable vivir en ellas, máxime por el azote de los vientos; que soplan impetuosos sobre aquella especie de escollo, tan aislado por todas partes. Las calles eran estrechas, tortuosas y mal empedradas: la gente ruda, y la mayor parte del campo, que pasa una vida llena de privaciones y afanes. Por allí todo era piedra viva y no se veía una planta ni una raíz, fuera de la mencionada selva: faltaba el agua, que se tenía que llevar, ó en hombros ó á cargas, de una milla de distancia.

En la llanura que está por bajo, el terreno por largo trecho es un arenal tan árido y estéril, que no ha podido el arte domesticarlo jamás ni hacerle rendir cosa de provecho. Algunas legumbres y pocas cosas de las más indispensables para el sustento se encontraban á larga distancia. No era posible suplir con el comercio esta falta absoluta de todo, porque eran poquísimos los barcos que aportaban allá, por no haber nada con que comerciar y por ser tan formidable el paso del estrecho.

Tal era la ciudad en que fueron confinados más de 550 religiosos. Conservábase fiel á Génova; y por lo mismo estaba expuesta á las correrías de los sublevados en el país, que la hos-

tilizaban por la parte de tierra. Desembarcaron los Padres: y como quiera que Barceló ya no podía más, y quería dejarlos cuanto ántes y volverse, apresuróse á alojarlos como pudo. Objetaba el gobernador de la plaza que aunque se estrechasen los vecinos, no podían caber arriba de dos cientos: quiso Barceló verlo con sus propios ojos, y conoció con harta pena que era mucha verdad. Sin embargo quería á todo trance regresar á España; y descubriendo aquellas cuatro ermitas ú oratorios del bosque, se animó un poco, midió su capacidad, calculó las camas que podían caber en cada uno, y dio orden al P. Provincial para que colocase en cada ermita cuarenta ó cincuenta religiosos, y distribuyese los demás como pudiese por las casas de la ciudad, ó del arrabal, que está á un lado del puerto.

Encargóse la distribucion á la caridad y prudencia del Padre Pignatelli; y él acomodó en las casas á los Padres más ancianos, procurando que en lo posible estuviesen en una misma calle los que eran de un colegio mismo, y tuviesen los mismos Superiores que vigilaran sobre la disciplina religiosa. Á poquísimos cupo la suerte de lograr un cuartito por separado, aunque fuese estrecho y sucio: en los más habitaban cuatro, siete, y más, juntos; y se reputaban felices los pocos que vivían en casas independientes, pues en casi todas, por no haber sino una puerta, una escalera ó un patio, tenían que rozarse sin cesar con personas seglares, y zumbaba á todas horas en sus oídos el chillar y el llorar de chicuelos y el ruido de familias enteras, cosa bien insufrible por cierto para personas habituadas por muchos años á la quietud y al silencio de una casa religiosa. El P. Provincial con algunos de los Padres ancianos y más achacosos se albergaron en los dos conventos de Santo Domingo y de San Francisco, convidados y acogidos con espíritu de caridad y cordial atencion por aquellos caritativos religiosos, quienes en todo el año que vivieron allí sus huéspedes, no cesaron de darles demostraciones las más sinceras de afecto, y de ayudarlos y socorrerlos con el mismo amor que si todos fueran hermanos é hijos de la misma orden.

Más cuidado le daban al P. Pignatelli los jóvenes, así estudiantes como novicios; los cuales no convenía que se desuniesen ni se dispersasen por la ciudad, á causa del mayor peligro que ofrecían sus cortos años y la necesidad mayor que tenían de formación literaria y religiosa. Ideó, pues, muy atinadamente que se colocasen en las cuatro capillas, de que hemos hablado, repartidos según el orden de las casas á que ántes pertenecían y con los mismos rectores, ministros y padres espirituales. En la capilla de santa María Magdalena, como más capaz, colocó el colegio máximo de Valencia, en la de Santa Cruz el de Barcelona, á los de Zaragoza les tocó la de San Bartolomé, y á los jóvenes novicios y retóricos la de San Juan Bautista.

Arrancaba lágrimas el ver aquellos edificios desnudos de todo sagrado ornamento y transformados en habitación de juventud tan numerosa. Tendidas las pobres camas sobre el duro suelo, apenas quedaba entre una y otra hueco suficiente para pasar una persona y tener arrimado á la pared un cajoncillo con un miserable repuesto de ropa y algún libro. Allí no había ni sillas, ni bancos, ni mesa; y servía de todo el colchoncillo con un dobléz. La misma pobreza aparecía en el ajuar de mesa y de cocina. Las paredes estaban llenas de grietas y hendiduras; las puertas y ventanas, desvencijadas y rotas, apenas se tenían sobre sus goznes; el suelo echaba humedad por todas partes.

Poco ántes de que entraran los Padres, se había dado alojamiento en una de aquellas ermitas á algunos soldados de la Liguria: no pocos enfermaron gravemente, algunos murieron; y acaso todos hubieran fallecido, si no los sacaran presto. La misma suerte aguardaba á los nuevos huéspedes dentro de muy pocos días, si Dios, por cuyo amor padecían, no hubiese velado sobre ellos con un cuidado particular y una protección no ordinaria. Un año entero moraron allí alegres y contentos porque podían dar á Dios alguna señal de su amor, circunstancia que aumentaba la admiración y el interés de cuantos los veían.

Quiso contemplar aquel espectáculo Barceló ántes de hacerse á la vela; y al considerar aquellos miserables albergues, se en-

terneció y lloró un buen rato, pidiendo á los Padres mil veces perdón por que los dejaba así, aunque no por culpa propia, sino por lo imperioso de las circunstancias. Con las obras les dio á conocer que hablaba de corazón; pues les entregó algunos miles de reales en nombre del rey, ó de su propio bolsillo, si el rey no quería pagárselos, con el objeto de que se hiciesen reparos en las paredes, puertas y ventanas, y se construyese alguna cocina para guisar de comer.

Tal era la triste situación de los desterrados: y todavía sus enemigos se quejaban de que no se les tratase con más rigor. Los jesuitas, según Azara¹ «han pintado al Rey [Carlos III] como un buen cristiano, que al punto que oiga excomunión, se pondrá de rodillas, y hará venir á Roma con la soga al cuello á su sobrino [el duque de Parma]; y que abrirá los ojos para conocer la malicia de Vds. que lo están engañando y han sorprendido la religión de Su Majestad para inducirlo á lo que ha hecho contra los jesuitas.» Todo lo cual sabía bien Azara que era verdad. Y continúa: «La flaqueza que hemos mostrado en todos los hechos después de la expulsión, les da motivo para creer que les tenemos miedo, y que Vds., [esto es, los ministros], no se atreven á tomar las cosas con más calor porque no lleguen las

¹ *El espíritu de D. José Nicolás de Azara descubierto en su correspondencia con D. Manuel de Roda.* Carta de 4 de Febrero de 1768.

D. José Nicolás de Azara, nacido en Barbuñales, junto á Barbastro, (Aragón), era un espíritu cáustico y maleante, hábil sobre todo para ver el lado ridículo de las cosas y de las personas, rico en desenfadados y agudezas de dición; ingenio despierto y avisado, muy sabedor de letras amenas, muy inteligente en materia de artes; epicúreo práctico en sus gustos, volteriano en el fondo, aunque su propio escepticismo le hacía no aparentarlo. La correspondencia familiar de Azara con su amigo Roda es de grande importancia en el período en que nos hallamos de esta historia. Cualquiera que la coteje con la oficial de Moñino, echa de ver al instante que la de este, como dice muy acertadamente MENÉNDEZ PELAYO, «nos da una parte sola de la verdad; y para completarla y ver detrás de bastidores á los héroes de la trama, hay que emboscarse en la picaresca y desvergonzada correspondencia del maligno y socarrón agente de preces, D. José Nicolás de Azara.» *Heterodoxos*, Tomo III, pág. 160).

cosas á un extremo que el Rey descubra su malicia.» Si á tantos rigores se ven expuestos los inocentes expulsos obrando con flaqueza los ministros, ¿qué sería si estos mostrasen energía? ¿qué sería si obrasen con crueldad? Pero volvamos á nuestro asunto.

Este era el estado de la Provincia, cuando se puso á discutir el P. Pignatelli sobre el interesante artículo de provision de víveres. Había mandado el rey de España que se proveyese de vituallas á las ciudades de Córcega, á que estaban destinados los jesuítas expulsos; y en efecto al llegar los Padres á San Bonifacio, encontraron en el puerto una barca cargada de granos, arroz y carne salada, y con el oficio de proveedor ó comisionado regio á D. Luis Gnecco, noble genovés, persona muy cabal y en gran manera benemérita de la Provincia de Aragon por lo que hizo y trabajó por ella en la isla de Córcega. No podía menos de ser muy grata á los Padres dicha providencia, y los sacó por el pronto de grande apuro; mas no fue posible seguir valiéndose de aquel medio para la subsistencia; lo primero, por el precio tan subido á que ponían las mercancías sus dueños, que intentaban hacer negocio aun á costa de los infelices; y lo segundo, porque se pretendía nada menos que obligar á los compradores á que el transporte de los diferentes artículos fuese de su cuenta, con peligro de que en caso de naufragar perdiesen mercancías y dinero, y se quedasen sin tener con que sustentarse.

Pensó, pues, el P. Pignatelli apelar á otro arbitrio, y encargarse del cuidado de proveer él mismo en persona á sus hermanos de vestido y alimento, sin que el comisario lo llevase á mal, por ser tan razonable y justo su pensamiento. En San Bonifacio no se vendía carne ni pescado; y el P. José mandó comprar en Cerdeña una reducida manada de bueyes, y traerlos á Córcega, para que pastasen en sus montañas. Buscó pastores que los guardasen; y á fin de que los corsos no les diesen que hacer en sus correrías, hizo que llevasen en el sombrero una escarapela con los colores de la bandera española. De este modo nunca faltó á los Padres la carne; antes bien hubo de sobra

para dar al presidio. Tambien se ajustó con algunos barqueros napolitanos, que solian ir á Cerdeña á la pesca del coral, y por su dinero exigió de ellos que en días fijos de la semana llevasen buena provision de pesca. Además armó, como pudo, una especie de almacen, donde reunió todo lo más preciso para el uso comun, y á donde acudía cada cual en busca de lo que había menester.

Mucho le ayudó para todo esto un socorro que le envió el Señor cuando menos se lo esperaba. Supo la Sra. Condesa de la Acerra, D.^a Francisca María, que sus dos hermanos iban desterrados á Córcega con los demás jesuítas; y previendo la escasez en que iban á encontrarse todos al poner el pie en aquel país, les envió dos naves cargadas de víveres, y una buena suma de dinero. Á todos sorprendió providencia tan inesperada y oportuna; levantaron los ojos al cielo, y bendijeron mil veces á aquel Dios, á quien no habían ofrecido en vano sus vidas y suertes. Los víveres vinieron perfectamente para las necesidades del día, y el dinero para las que habían de sobrevenir.

Mientras esto pasaba en San Bonifacio, estalló la tempestad contra la Compañía en Italia. Reinaba en Nápoles Fernando IV, jovencito de 17 años, hijo de Carlos III, quien al salir de Nápoles para España, le había dado por tutor al ministro Tannucci. Este, instigado por los ministros de España, se presentó al rey con el decreto de expulsion: léesele, y Fernando le dice resueltamente que él nunca firmará tan inicuo decreto. Replica que esta es la voluntad de Carlos III. «Pues bien,» replicó el rey, «si tal es la voluntad de mi padre, que lo firme él: yo no lo firmo ni lo firmaré.» Desconcertado el ministro, se va á casa del confesor de Su Majestad, y le apremia para que reduzca por todos los medios á su augusto penitente á que firme el decreto.

Va sin demora el confesor á hablar al rey, le pide que ponga su firma en el decreto; y como él se resistiese, porque temía cometer un gravísimo pecado, si lo firmaba, respóndele el confesor: «Firmad: yo tomo sobre mí toda la responsabilidad de este acto, del cual daré cuenta en el tribunal de Dios.» Túrbase

el jóven monarca, vacila, y al fin pone la firma, y dice á su confesor: «Acordaos bien de lo que me hacéis firmar: vos daréis cuenta de ello á Dios.» Y arrojando el decreto por tierra, y volviendo las espaldas al confesor en señal de desprecio, se retiró. Treinta días después de la expulsion de los jesuítas, el miserable confesor fue á dar cuenta de su maldad, y su triste fin llenó de terror á cuantos lo presenciaron¹.

Solo así Tannucci arrancó al rey el edicto contra la Compañía; y sin tomarse el trabajo de cubrir su arbitrariedad con algun pretexto, lo mandó efectuar. En la noche del 3 de Noviembre de 1767 hizo allanar simultáneamente todos los colegios de la Compañía. Fueron sus puertas derribadas, rotos sus muebles, confiscados los papeles; y escoltados los Padres por fuerza armada, fueron conducidos al puerto y embarcados².

La misma suerte cupo á los Padres del ducado de Parma á principios del año siguiente de 1768. La expulsion en Parma fue promovida por los ministros de España y de Francia lo mismo que la de Nápoles. En los estados del Duque se retardó la ejecucion del destierro por las esperanzas que tenía Choiseul de alcanzar dentro de poco tiempo la total extincion de la Compañía, con lo que sería inútil extrañarla de aquel estado.

En 21 de Enero de este año 1768 escribía Azara desde Roma á su amigo Roda en los siguientes términos: «Luégo que de ahí se dio la instrucción y permiso al señor Infante [de Parma], preparó Du Tillot [su ministro] todas sus cosas para la ejecucion con tantas veras, que no dio el golpe por esperar á que las noches se alargaran un poco más, que entonces eran de las más cortas del año. Salió después el diablo en Francia con el proyecto de extincion: y bajo este pretexto dio Choiseul orden á

¹ CARAYON, *Documents inédits* etc. Tomo XV, pág. 132.

² Federico II en carta á D' Alembert de 14 de Diciembre (1767) le decía: «Veis aquí á los jesuítas echados de Nápoles. Corre la voz que lo serán de Parma cuanto ántes; y de este modo los estados de la casa de Borbon harán casa limpia..... Entretanto la corte de Roma pierde insensiblemente sus mejores tropas.»

Du Tillot para suspender; haciendo la cuenta clara de que era ociosa la expulsion, cuando dentro de pocos días se acababa la Compañía..... Ahora después de visto lo de Nápoles, va Du Tillot á ejecutar la expulsion dentro de muy pocos días.» Efectivamente verificóse esta á principios del próximo Febrero.

No contento el duque de Parma con desterrar de sus estados la Compañía, dio un edicto contrario á los derechos del Pontífice. «Ya habrá V. visto,» escribía Azara á Roda en 28 de Enero, «el edicto que acaba de publicar nuestro Infante de Parma¹. Aquí están que braman, no tanto por lo que contiene, que ya en muchos reinos se practica, cuanto por ver la insolencia de una corte vasalla que se atreve á desafiar toda la cólera sagrada del Vaticano.» Clemente XIII no sufrió ver insultada su autoridad por uno de sus feudatarios. El lunes, primer día de Febrero, «apareció (en Roma) fijada en todas las esquinas la excomunion del señor Infante duque de Parma²:» anulábanse además los decretos promulgados en Parma y Plasencia y se excomulgaba á los administradores del ducado.

Esto era atacar el pacto de familia y lastimar el orgullo de Choiseul; el cual sublevó contra la Santa Sede á los Borbones. Pidieron estos la revocacion de la sentencia dada contra Parma por el Pontífice, negóse este á revocarla, haciéndoles entender que primero sería mártir, que traidor á su conciencia: y bien se puede asegurar que el breve tiempo de un año que le quedaba de vida fue para Clemente XIII un continuado martirio. Pero volvamos á nuestro asunto.

Quedó al fin por obra del P. Pignatelli reconstituída y orde-

¹ «En Parma el duque Fernando, discípulo de Condillac y del abate Mably, y dirigido por un aventurero francés, Tillot, imitador débil de Pombal y Aranda, dio ciertos edictos contra la potestad eclesiástica, prohibiendo llevar ningun litigio á tribunales extranjeros, sujetando á exámen y retencion las Bulas y los Breves, limitando las adquisiciones de manos muertas, y creando una magistratura protectora de los derechos mayestáticos.» MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos*, Tomo III, pág. 154.

² AZARA, carta de 4 de Febrero.

nada la Provincia de Aragon, distribuída como era conveniente, y provista de todo lo necesario. Matadero, molinos portátiles para el grano, hornos para cocer el pan, hornillas para las viandas, de todo en suma había allí en reducido trecho. Los Hermanos Coadjutores repartidos en las oficinas, cada cual segun su profesion, unos cosían ó remendaban la ropa, otros trabajaban los enseres más precisos para las habitaciones; y el Padre José, siempre en movimiento, visitaba así las de la ciudad como las de fuera, hallábase en todas partes, llevaba las cuentas, cobraba la pension que recibían del rey, pagaba las deudas, y daba con su presencia aliento y vida á las diferentes obras, y con sus fervientes y caritativas exhortaciones infundía en todos el vigor y el consuelo que necesitaban. Jamás se le vio turbado, fatigado ó decaído: y al cabo de un día entero empleado en tantas fatigas, se retiraba á tomar algun reposo con los jóvenes estudiantes teólogos sobre su miserable colchoncillo en una de las ermitas.

Lo que más fue de admirar es, que no solamente no se rendía al trabajo, sino que con toda verdad pudo responder á su hermano D. Joaquin, que tanto se preocupaba por él, que nunca se había encontrado tan ágil y tan robusto. Así se lo escribía el embajador á D. Ramon con fecha 12 de Febrero de 1768 por estas palabras¹. «He tenido cartas de nuestros hermanos del 16 de Diciembre. Están en San Bonifacio, buenos gracias á Dios; pues me dice Pepe que nunca había estado mejor de salud: pero en lo demás no responden conforme mi deseo y solicitud. Dios los asista y dé acierto para consuelo de todos. Daré providencia por medio de los comisarios del Rey que han ido, para que los asistan, conforme me lo tiene permitido el Rey y yo he escrito á los mismos.»

Apenas puede humanamente explicarse cómo no sucumbía su naturaleza debilitada por tantas enfermedades: el vigor del espíritu le sustentaba con un prodigio, que era premio de

¹ Archivo de Fuentes.

sus virtudes. Campeaban en él una imperturbable serenidad de ánimo, una resignacion á toda prueba, una constancia invencible, una ardentísima caridad, y más que todo una humildad tan profunda, que no reparaba en abajarse hasta el oficio más abyecto á trueque de complacer y servir á sus hermanos.

Faltó en cierta ocasion uno de los pastores; el P. Pignatelli emprendió la tarea de conducir al pasto la manada de bueyes, y lo hacía tan bien, como si toda la vida no se hubiese ocupado en otro oficio. Tan señalada virtud servía de alivio y sosten á sus hermanos. Los mismos Superiores, cuando veían tentado á alguno, ú oían alguna queja ó expresion de desconfianza, no tenían medio más eficaz para infundir aliento, que decir: «Ea: mirad al P. Pignatelli; y aprended.» Con estas palabras se confundía y avergonzaba el que estaba quejoso; y algunos, cuya vocacion llegó á vacilar, se confirmaron en ella.

Los que fueron testigos de las virtudes que en estas circunstancias ejerció el P. José Pignatelli, se deshacen en elogios de él. «Mientras el ganado se mantuvo en la ciudad,» escribe el P. Olcina¹, «cargaba el P. Pignatelli sobre sus hombros la paja y el heno para darles de comer: y aunque lo procuró hacer favorecido de las tinieblas de la noche, no pudo ocultar tan raro ejemplo de humildad. Dispuso una cómoda carnicería para los jesuitas y un almacén bien abastecido no solo de los géneros necesarios para la vida, sino tambien de azúcar y otros géneros para el alivio de los enfermos, y hasta estameñas para sotanas y manteos y lienzos hizo venir de Génova todo de cuenta de la Provincia. Aun no se contentó con esto su gran corazón, sino que para que nada les quedase que desear á sus hermanos, hizo tambien asiento con unos pescadores napolitanos, con que lograron abundancia de pescado exquisito á un precio muy moderado, de suerte que nada les faltó mientras estuvieron confinados en aquel estéril peñon.»

«Una accion tan heroica como esta no podía dejar de hallar

¹ *Relacion festiva*, etc. Parte primera, págs. 184 y siguientes.